

Villa de Cano, julio de 2035:

De todas partes llegan muchedumbres en romería, seducidas por la buena fama de las aguas milagrosas y los pozos hablantes. Cuanto más amenaza la sequía al resto del país, más crece la popularidad de la Villa de Cano, y lo insólito de su abundancia hídrica. En la superficie, nada la distingue de la desoladora aridez del resto del centro y sur del Portugal peninsular. También aquí se raciona el agua potable, y cada canense solo tiene derecho a una ducha a la semana. Sin embargo, desde que las autoridades competentes confirmaron la existencia de una capa de agua subterránea, y se propagan rumores acerca de las propiedades de esa agua, empezaron las romerías.

Nada de esto es nuevo: es centenaria la fama de los afloramientos de agua de Cano. La Villa se sitúa sobre el Sistema Acuífero de Estremoz-Cano, formado por rochas porosas y permeables que retienen la preciosa agua. En lugares similares, llegan a encontrarse ríos subterráneos de varios kilómetros, muchos de aguas puras y cristalinas. Los exploradores buscan incesantemente un caudal más profundo, ya que los superficiales están contaminados actualmente por décadas de agricultura intensiva, por altos niveles de nitrógeno amoniacal y nitratos, de forma que no son aptos para el consumo humano. Portugal peninsular posee 62 sistemas acuíferos y el de Cano se ha convertido ahora en un último reducto, una chispa de esperanza en el lodo general.

Legendarias son también las propiedades mágicas de las aguas locales: curaciones, abortos, males de amor, y también el don de la invisibilidad (por eso no siempre se avista a las multitudes en romería). A los hechizos ancestrales se suman ahora otros de propensión contemporánea: se dice que el agua de Cano atrae a seguidores de Instagram, desbloquea caravanas de tráfico, evita mareos de avión; y que tan solo dos gotitas sobre la impresora hacen que los tinteros duren el doble. Impide la absorción de gluten y activa el colágeno. Es bueno para la piel, pero aún mejor para los píxeles.

Llegan estudiosos de todas latitudes para estudiarla: convenciones y congresos internacionales de hidrología, hidrogeología, de ingeniería hidráulica e incluso de inteligencia artificial (que hoy en día se mete en todo). Se estudian las cuevas y accesos, pero también las creencias y los dichos. Nadie ha traído todavía una buena explicación para las voces que se oyen, procedentes de pozos y perforaciones. Solo tenemos datos procedentes de la tradición oral; de las leyendas y dichos locales: cascadas que hablan, afloramientos comunicativos, voces que ascienden desde el subsuelo, orificios de agua con ganas de charlar, gritos que retumban en el vacío. Una de las narrativas más conocida es la del Conde de Romeiras, porque de los pozos de esta Finca surgían antaño gritos furiosos que apavoraban a toda la población. «¡Parad!», «¡El agua es mía!», «¡¿Qué os creéis que estáis haciendo?!», «¡Qué necios!» (sería un fantasma con buen vocabulario). Digo fantasma porque la explicación más lógica que halló el pueblo de antaño para las voces era que pertenecían al Conde de Romeiras, el dueño de la finca, ya fallecido cuando se dieron los eventos. Los vecinos vivían apavorados, las voces eran guturales, de hacer que se helara la sangre al más preparado transeúnte. La historia se propagó, pero la voz se calló durante más de un siglo. Ha vuelto ahora, en nuestros días, con fuerza redoblada. Quien quiera que se acerque escucha un ronquido vertiginoso que repite al que quiera escuchar: «Parad —¡infames! ¡Locos! ¡Despropositados! El agua es mía. ¡Dejadla en paz! ¡Es mía!»

Hay quienes dicen —entendidos, expertos e *influencers*—, en múltiples convenciones y concilios en que se discute el tema, que se trata de la misma voz de la Tierra.

Joana Bértholo